

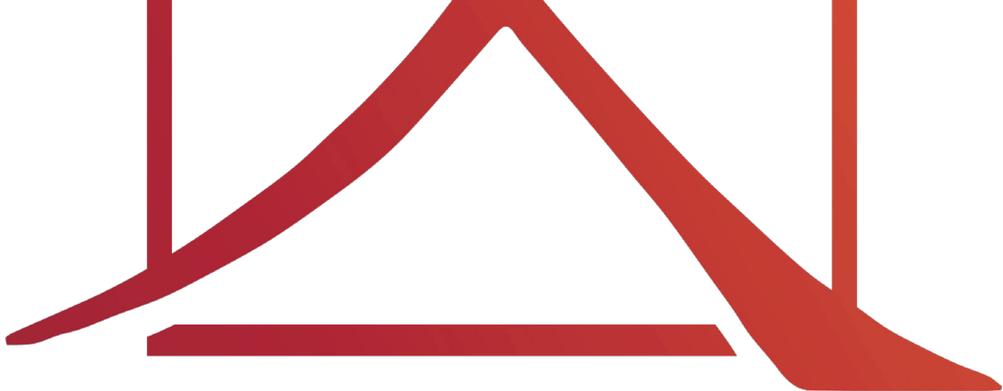
Rojo

VIOLETA:

cuentos desde las entrañas

VARIAS AUTORAS





ROJO VIOLETA:
CUENTOS DESDE LAS ENTRAÑAS
Varias autoras





©2023 Varias autoras

©2023 Taika Editorial S.A.S
Calle 63C 21 24 Ap. 201
Muequeta, Barrios Unidos
Bogotá, Colombia, 111221
contacto@taikaeditorial.com

PRIMERA EDICIÓN, JULIO 2023

EDICIÓN Y CORRECCIÓN
Jazmín Bautista
Alejandra Canela

DISEÑO DE PORTADA
©Mara Garibay

ILUSTRACIONES
©Trébol Queen

ISBN DE LA OBRA
978-628-95493-2-4

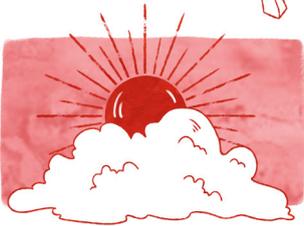
No se permite la REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL de este libro ni su incorporación a un sistema informático, así como tampoco su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio sea este electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros métodos presentes o futuros sin el permiso previo y por escrito de los titulares del COPYRIGHT.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de DELITO contra la propiedad intelectual.

EDITADO E IMPRESO EN COLOMBIA



Raj



[ÍNDICE]

ALEJANDRA CANELA PRÓLOGO	7
DANIELA A. SÁNCHEZ ROJO FUEGO Y HUMO	10
MARIEL NINCOX PADIERNA PRIMERA VEZ	23
DANIELA MIRELES PADRÓN BURBUJAS EN MI BOCA	41
ALEJANDRA CASTRO SASI EN EL ANOCHECER	53
MARYMARCE GALINDO MALDITO DOCTOR FREUD	63
DANIELA MERCADO LA SUMA DE LOS DÍAS	75

ISABEL BOSISIO PARÁSITOS	85
Autoras	101

[PRÓLOGO]

ALEJANDRA CANELA

LAS páginas que sostienes en tus manos son mucho más que una simple recopilación de cuentos. Son venas abiertas por muchas luchas, y la sangre que brota de ellas es la voz colectiva de mujeres valientes y resilientes. En cada palabra, en cada giro de la historia, encontrarás la pulsante fuerza de experiencias que merecen ser compartidas, honradas y celebradas.

Cuando planteamos la posibilidad de trabajar en un libro cuyo eje temático fuera la vida de las mujeres, jamás pensamos en las historias poderosas que leeríamos. Abrimos una convocatoria para recibir cuentos que abordaran algunas de las batallas que debemos atravesar como mujeres, ya sea por naturaleza o por el sistema patriarcal y capitalista; resolvimos que había historias que aún se callan, por vergüenza, por invalidación, por estridentes, y que queríamos construir un espacio entre libros para estas voces y vidas, queríamos —como aún lo hacemos— luchar desde nuestra trinchera que es la edición y la literatura.

La convocatoria cerró, pero nuestras heridas se abrieron al leer todo lo que nos había llegado. Era increíble y doloroso imaginar que, detrás de esas letras, estaba una mujer real, lo fuera la escritora o no. Con paciencia, hacia nosotras mismas incluso, la curaduría se realizó y se hizo una selección, más por las limitantes que impone un libro que por las nuestras como humanas.

La idea de formar esta antología nació por la necesidad de visibilizar esas historias que, aunque damos por sentado que suceden, siguen guardadas en silencio... Por eso, en *Rojo* era importante abordar temas como las experiencias sexuales, la menstruación, el embarazo o el aborto, así como las violencias físicas, sexuales y psicológicas hacia las mujeres.

Iniciamos con «Rojo fuego y humo», la aterradora experiencia que, como mujer, te aseguro que al menos una vez has padecido: el acoso en el transporte público, suceso que te paraliza de punta a punta y te obliga a enfrentarte a la ignorancia voluntaria y colectiva de las personas que atestiguan la acción; incluso tú misma te la induces para no sentir, para desaparecer del mundo real, al menos hasta que él o tú lleguen a su parada de destino.

Luego nos encontramos con «Primera vez», una narración íntima que desromantiza la experiencia del primer encuentro sexual. Me atrevo a decir que es posible que no exista ese momento al estilo de *The Notebook*, con Ryan Gosling esperando por ti en una casona con velas en el piso de una sala para una noche perfecta. La mayoría de veces, más de lo que hemos podido imaginar, la primera vez es violenta, es forzada, ya sea por otra persona o por ti misma. La sociedad habla: que si no lo haces, eres mojigata, y si lo haces, eres una ramera; siempre de un extremo a otro. Sin embargo, nadie es consciente de qué es lo que pasa por la mente antes, durante y después.

«Burujas en mi boca» es desesperación y suspenso en cada palabra. Nos demuestra que no importa el lugar ni la ropa, la posición que tengas ni si tu agresor es tu esposo, las violaciones sexuales se disfrazan como formas de pago; es difícil aceptarlo como un problema y salir de ahí. Muchas veces juzgamos a nuestras hermanas por no escapar, pero poco pensamos en el por qué no lo han hecho.

El corazón se nos fracturó cuando leímos «Sasi en el anochecer». Una conmovedora historia que te hace crecer en conjunto con la pequeña Sasi, la hermana menor; te enternece al grado de

olvidar que, eventualmente, ella deja de ser una niña, y no puedes imaginarte que deba enfrentar un problema como un embarazo no deseado... o algo peor.

En esa misma línea de la sexualidad llega «Maldito Doctor Freud», un diálogo ansiado entre Sigmund Freud y un invitado especial. La protagonista, Ana José, busca respuestas y lo único que obtiene son puntos de vista masculinos. ¿Por qué los hombres cis se han empeñado en hablar de la sexualidad femenina si ellos no tienen vulva, vagina o útero?, ¿por qué darles la única validación a ellos y menguar las opiniones femeninas?

Por otro lado, muy distante a los cuentos anteriores, se encuentra «La suma de los días», donde encontraremos ira, impotencia, roces entre padre e hija, y la rivalidad por ser proveedor(a) de casa. Es posible sentir cuánto la protagonista aprieta los dientes de rabia por tener que lidiar día con día con la misoginia e irresponsabilidad de su padre. Sigue siendo una niña para él, y la ve como adulta solo por conveniencia.

El cuento «Parásitos» es una alegoría sobre el convertirse en madre. Cuánto importa tener hijos en toda la historia de la humanidad y que, por mucho tiempo, incluso hasta hoy, es la única característica que nos valida como mujeres. ¿Qué eres capaz de hacer para ser útil y cumplir con tu «único propósito biológico»?

Estamos conscientes de que este libro te abrirá las venas del corazón y te hará identificarte con las protagonistas. Es posible que encuentres dolor, pero te aseguramos que también encontrarás compañía, porque no te sabrás sola, estés o no pasando por una experiencia similar. Las historias dentro de este libro pretenden crear empatía y solidaridad entre las y los lectores, hacer pensar dos veces antes de emitir un juicio o presionar a otra persona a hacer lo que no quiere. Queremos que este libro te acompañe y sea un refugio si lo necesitas. No estás sola. Ni una más.



[ROJO FUEGO Y HUMO]

DANIELA A. SÁNCHEZ

Soy mujer. Y un entrañable calor me abriga cuando el mundo me golpea. Es el calor de las otras mujeres, de aquellas que no conocí, pero que forjaron un suelo común, de aquellas que amé aunque no me amaron, de aquellas que hicieron de la vida este rincón sensible, luchador, de piel suave y tierno corazón guerrero.

ALEJANDRA PIZARNIK

Es bastante tarde cuando subes a la micro; el sol ya se ha escondido y solo luces tenues brillan en el cielo y las farolas, sin embargo, aún llevas puesto tu uniforme escolar y tu pelo está sujeto al moño alto y apretado que te hiciste antes de salir de casa. Te has quedado estudiando en la biblioteca del colegio y las horas volaron como una bandada de halcones. Te despediste de tus amigas con rápidos besos en la mejilla y corriste al paradero: tu madre se preocupa cada vez que llegas tarde.

Tomas el segundo asiento y comienza el viaje hacia tu hogar. Estás cansada y tienes hambre, pero mantienes los ojos abiertos: hace dos días, le robaron el bolso a Carlos, tu compañero de curso, y no quieres que te pase lo mismo, tienes tareas que entregar.

Dos paraderos después, se sube un hombre joven, delgado, no muy alto y de pelo largo. No le prestas atención hasta que se detiene junto a tu asiento; abrazas tu mochila con fuerza, te hace sentir inquieta tenerlo tan cerca de ti, la micro no está llena y hay lugares disponibles para sentarse. No tienes que esperar demasiado tiempo para saber que tu desconfianza no está fuera de lugar, aunque los motivos son distintos a los que habías imaginado: sientes contra tu brazo la dureza de su pene restregándose en ti.

Te congelas, tu cabeza intenta comprender lo que sucede y, por un instante, dudas de tu propia percepción, no quieres creer que un hombre se frota contra ti sin tu consentimiento, en público, en una micro. Como animal. Intentas salir del estupor y miras a tus costados; deseas confirmar que es cierto y buscas ayuda, pero solo te encuentras con miradas desviadas y cabezas bajas. Gente que prefiere ignorar lo que sucede, personas que prefieren no ver para fingir no saber.

La mirada del conductor a través del espejo retrovisor es extraña, es peor.

Vuelves a tener trece años: te mandan a comprar el pan y caminas frente a dos ancianos que descansan en el parque.

—¡Cómo me gustaría tener esas piernotas aquí! —te grita uno mientras se toca los hombros y saca la lengua, es tan viejo que tiene la edad para ser tu abuelo. El otro solo se ríe de tu vergüenza.

Vuelves a tener quince: usas ese *jean* blanco ajustado que hasta esa tarde te gustó.

—¡Potona rica! —te grita el ciclista mientras se aleja, justo después de darte una sonora palmada que te hizo saltar.

Tienes ganas de gritar.

«¡Weón de mierda! ¡Ojalá que te saquís la cresta!».

Tienes ganas de recoger piedras y lanzarlas contra él, contra ellos.

«¡Viejo verde! ¡Ojalá nunca tengai nietas!».

Tienes diecisiete: vistes *jumper* azul y calcetas hasta las rodillas, el moño alto sigue apretando tu pelo, la insignia de tu liceo adorna el corbatín desajustado.

Tienes ganas de romper tus nudillos con la cara del hombre que se frota contra ti. Hacerlos sangrar, hacerlo sangrar.

«¡Saco weas! ¡Ojalá te la corten!».

Pero te tragas las palabras, saben amargas cuando no son dichas. Amargas como el trago vil que tomas al darte cuenta de que para él, para ellos, eres una cosa: cosa bonita, cosa deseable, cosa tocable. Cosa *sexy*, aunque vistas uniforme escolar, aunque tu mochila tenga lápices y cuadernos.

Y te quedas quieta.

No sabes si es miedo a lo que pueda hacerte.

«Hay cosas peores».

No sabes si es conmoción porque nadie te ayuda.

«¿Por qué?».

No sabes si es imposibilidad de actuar en tu propia defensa.

«Fingir que no pasa na, que no me importa».

Y te quedas quieta.

No eres valiente.

No deberías tener que serlo.

Quieres gritar, tirar piedras, golpear.

Y te quedas quieta, apretando tus párpados.

La luz violeta baña tu cuerpo y te transforma: ya no eres la niña en su uniforme escolar, eres una mujer vestida de negro y pelo suelto con flores como adorno. Te paras sobre tus pies descalzos y ya no sientes miedo, tampoco ansiedad; los malos sentimientos se deshacen y vuelves a moverte: tu cuerpo se ha liberado de las cadenas que lo condenaban a la quietud, y tú también te sientes libre porque sabes que ya no estás sola. La gente indiferente fue reemplazada por tus hermanas: ellas tienen diversas texturas y colores, pero todas visten de túnica negra, sin zapatos sobre el suelo desnudo y con el cabello libre al viento y adornado con flores.

La micro ha desaparecido; no hay ruido de motor ni ruedas sobre el asfalto, solo tierra y bosque, aroma a petricor y luz de noche.

—Estamos reunidas aquí para castigar a este hombre —dice una de las mujeres, su voz es clara y familiar. No la reconoces, pero sientes el amor por ella vibrando cálido en tu pecho.

El hombre que te acosó ahora está desnudo y atado a una hoguera apagada. Sus labios se mueven, pero no escuchas nada. Tal vez han silenciado sus gritos o solo murmura una oración al cielo.

—¿De qué se le acusa? —cuestiona un coro de voces femeninas.

—Violencia contra una de nuestras hermanas. Sin su consentimiento, se masturbó en su cuerpo —responde la misma voz.

—¡Culpable! ¡Culpable! ¡Culpable! —El grito de batalla es atronador y la pintura de guerra brilla en sus rostros. El viento responde aullando entre las ramas de los árboles: las hojas caen, los pájaros graznan, los animales rugen, el bosque emite su propio clamor de venganza en apoyo a las mujeres que toman la noche.

—¿Cuál será el castigo? —pregunta en voz alta.

—¡Que le quiten lo que más valora! —responden incontables voces.

El viento se apresura a obedecer, se convierte en navaja y cerceña; un grito desgarrador se escucha cuando el pene y los testículos caen. El rojo sangre pinta la piel blanca y el bosque vuelve a rugir.

—¿Cuál será el castigo? —te pregunta esta vez, solo a ti.

—¡La hoguera, como a nuestras ancestras! —respondes sin dudar. Expulsas tu propio grito de venganza: alegre, feroz e implacable.

La madera y hojas secas que esperaban a los pies del hombre se encienden con violencia. Rojo fuego y humo: la justa venganza.

—¡Brujas! ¡Brujas! ¡Brujas! —es su lamento desesperado.

Tú y las otras mujeres cantan, bailan y ríen con frenético abandono alrededor de la pira. Son el fuego, son la tierra. Humo y petricor.

Un gemido apenas contenido te obliga a abrir los ojos: sigues quieta en tu asiento de plástico duro y la micro avanza por la misma avenida. El bosque ha sido reemplazado por la ciudad: tierra por asfalto, árboles por edificios, luz de noche por faroles, zapatos

en lugar de pies desnudos. Quieres llorar porque, aunque todavía hueles el olor de la tierra mojada y el humo, estás quieta: sentada, vestida de uniforme escolar, con un moño alto que sujeta tu pelo y la mochila apretada entre tus brazos. Estás quieta y la angustia recorre tus huesos, los vuelve tan fríos que duele; el miedo navega en tu sangre, tan rápido que lo escuchas latir en tus oídos; la ira hormiguea en tu piel, la sientes tan fuerte como la dureza que se obliga sobre ti.

Roza, toca, frota, fricciona, restriega... asquea.

Repugna: un gemido ronco y todo termina. Nadie ve, nadie quiere saber. El hombre se inclina y su aliento te toca.

—Hasta la próxima —dice y se va. Presiona el timbre y se baja despreocupado, sonriente.

La mirada del chofer a través del espejo retrovisor es extraña, es peor que la indiferencia y los ojos desviados.

Lloras en silencio, pero lo haces con la desesperación que crea mares y tormentas.

Te sientes sucia por permitirlo.

Cobarde por permitirlo.

Exagerada por sufrirlo.

«No es para tanto. No es para tanto. No es para tanto. No pasó nada».

Pero, a través de las lágrimas, las ves: tus hermanas de pelo suelto adornado con flores van tras él. No estás sola, están hechas de fuego y tierra: alzan cantos de justicia y venganza.

«Pasó, pasó, pasó. Se masturbó conmigo y nadie me ayudó».

No estás sola. Escuchas el clamor del bosque.

Vistes uniforme, eres una niña, te preocupaba que te robaran la tarea. No deberías saber que hay peores cosas por las que preocuparse. No deberías saber, pero sabes. Todos saben, pero fingen no ver. O no les importa.

No estás sola. Sientes el filo del viento.

«Es solo un piropo pa levantar el ánimo».

«Es que tenís buen cuerpo, hay que admirarlo».

«Pa que usái esa ropa».

«Si no pasó na, pa que seguís dándole vuelta».

No estás sola. Hueles la lluvia sobre la tierra.

—¿Cuál será el castigo? —Escuchas mientras una de ellas te mira a los ojos.

«Quitarle lo que más valora, quemarlo como a nuestras ancestas».

No estás sola. Rojo fuego y humo.

Parpadeas y ya no están.

La micro continúa, la gente no te mira. Ni ayuda ni reconoce ni consuela. No dan nada. Solo miradas de reojo, semblantes culpables o de indiferencia.

«No fue pa tanto», parecen decir. «Yo no vi nada».

Y eso te da tristeza. ¿Qué tipo de gente se niega a ayudar a una niña?

Vuelves a tener dieciséis años: estás en la fiesta de cumpleaños de un compañero de curso cuando otro te lleva al jardín.

—Me gustái.

—Pucha, no siento lo mismo.

—Pero dame un beso.

—No.

Te besa y te quedas quieta, siempre te quedas quieta: en el jardín, en la calle, en la micro. Tal vez esperas que la quietud te haga desaparecer, te esconda, te proteja de algo peor. No respondes el beso, pero tampoco eres capaz de apartarte de sus labios ni de sus manos que te agarran la cara.

Sientes su lengua; intenta abrir tu boca, entrar en ella: el asco te hace reaccionar y te alejas. Él sonrío.

—Viste, un besito no más.

Quieres vomitar. Borrar su lengua húmeda, extraña, repugnante.

Quieres vaciar tus entrañas cuando tus compañeros lo felicitan por robarte un beso.

Quieres irte: este tipo de gente no ayudará a una niña.

—¿Cuál será el castigo?

La micro continúa andando: ruedas sobre asfalto, zapatos negros y asientos de plástico.

Pero no estás sola. Escuchas los cantos de justicia y venganza, el clamor del bosque. Sientes el frío filo del viento y la humedad de la tierra. Ves el color rojo del fuego y hueles el humo.

La micro se detiene, tu parada llega al fin. Nunca habías tenido un viaje tan largo, oscuro y triste.

Te bajas de la micro sin mirar a nadie, tu mochila sigue sujeta con fuerza en tus brazos... y tu moño alto... tu blusa blanca y *juniper* azul... tus zapatos negros... calcetas hasta las rodillas.

Te bajas de la micro sin mirar a nadie, los ignoras como te ignoraron a ti.

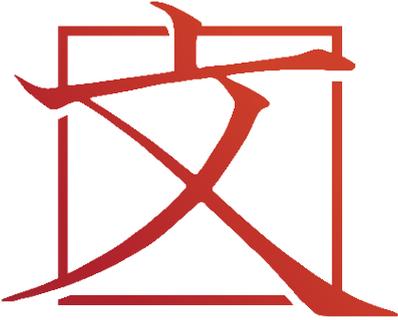
No miras a nadie, pero, una vez abajo, las ves. Te ves. Estás vestida de negro y con el pelo suelto adornado con flores. Escuchas el grito de guerra, el clamor del bosque: graznido de aves nocturnas, aullido de animales, movimiento de las hojas de los árboles. Sientes el frío filo del viento y la humedad de la tierra, petricor y lluvia sobre tu piel. Ves el color rojo del fuego y hueles el humo: justicia y venganza de mis hermanas y ancestras.

Reconoces a tu madre con su expresión siempre suave; a tu abuela, que ya murió, con su cabello blanco que brilla como plata; a tu hermana mayor, que ya se fue de casa, con su hija pequeña riendo en sus brazos; a tu tía que vive en el extranjero y que no conoces bien; a las amigas que estudian contigo en la biblioteca con alegría en su mirada, y tantas más. De todas las edades, de todos los colores.

Tu madre extiende su mano y tú la tomas sin dudas, con ansias. Parpadeas y solo están los dos.

—¿Cómo estuvo tu día? —pregunta ella. Ves su sonrisa amorosa, su mirada cálida, y la abrazas con fuerza, entierras tu rostro en su pecho y aspiras el aroma a rosas que desprende su chaleco lila.

—Ahora mejoró —respondes desde sus brazos.



TAIKA
— EDITORIAL —



contacto@taikaeditorial.com